

CONFESIONES DE DIOS

Cada vez que nace un niño
sigo confiando en vosotros,
porque entregaros un hijo
es delegar mucho de mí en vosotros:
es haceros continuadores
de mi obra,
portadores de mi Espíritu,
padres y madres
de mi evangelio vivo
y cuna del mundo
al que tanto quiero.

Todo niño viene a través vuestro,
y toda buena noticia
se encarna en vuestro seno.
Pero la fuente de la vida,
que encontró cauce en vosotros,
tiene su origen en mis entrañas
y en el amor desbordado
que a veces os alcanza.

Acostumbraos, pues,
a verme en ellos;
en su frágil transparencia
son mi presencia que os ilusiona,
mi navidad más humana,
mi palabra encarnada,
verdaderos sacramentos
en la historia.

En ellos abrazáis mi ternura
hecha carne vuestra;
en ellos os solidarizáis con mi
debilidad e impotencia,
y también con mis sueños
y esperanzas más íntimas.



Deteneos de vez en cuando
ante ellos,
contempladlos despacio:
estáis ante el misterio de la vida,
ante el milagro del amor,
ante la mejor
buena noticia, gratuita.
Olvidaos de precios,
compras y rescates;
las dos tórtolas o los dos pichones
son para reclamar vuestra atención
y presencia.

Permanezco junto a vosotros,
día y noche,
empeñado en cuidarlos,
y cuidaros, con mimo
para que crezcan
y continúen mi obra,
-la vuestra,
la nuestra, entendámonos-.

Contad siempre conmigo.
Yo me alegro
de poder contar con vosotros.

F. Ulibarri